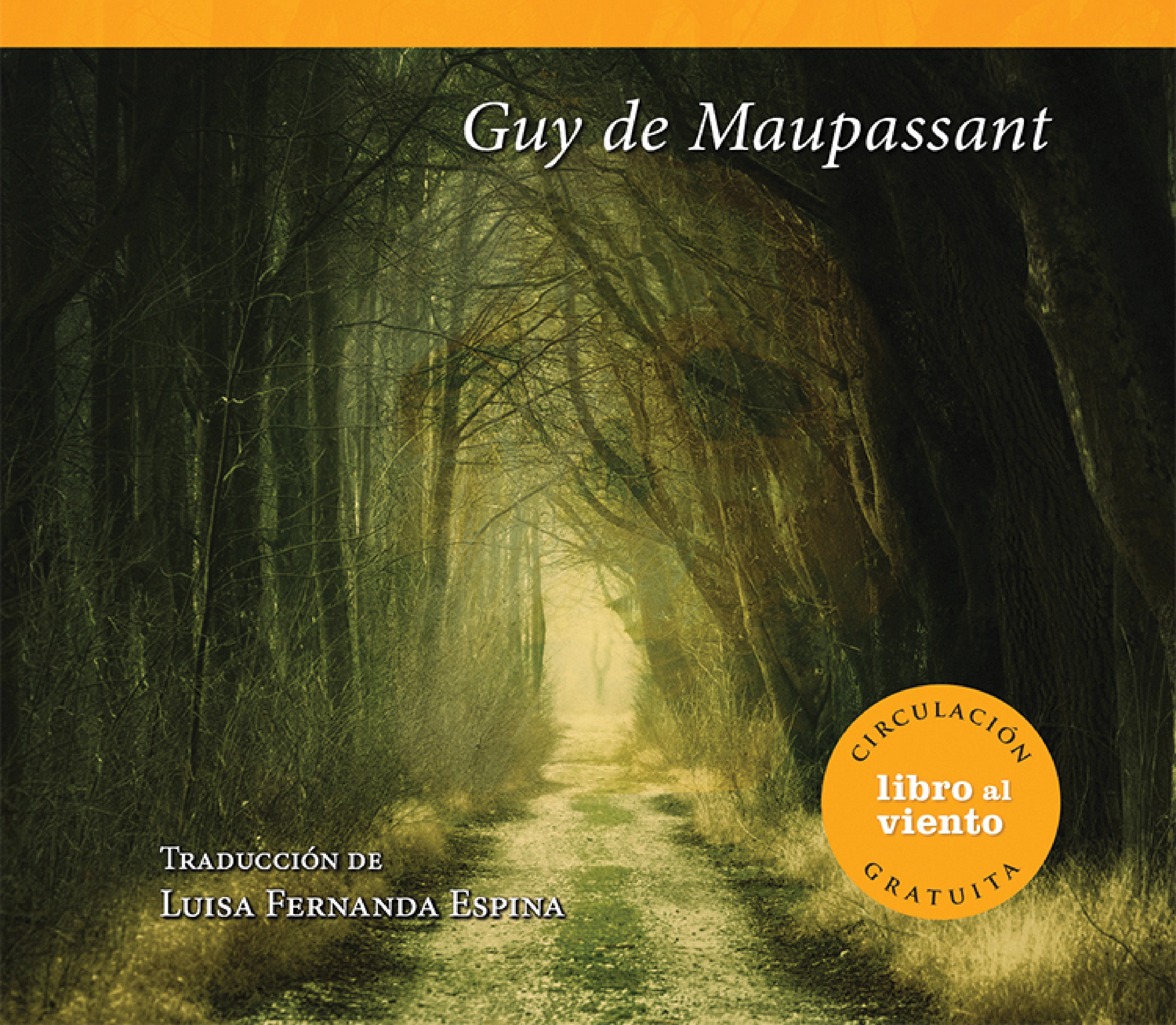
El horla



Guy de Maupassant

Traducción de
Luisa Fernanda Espina

LIBRO AL VIENTO
UNIVERSAL

El horla

Guy de Maupassant

Traducción de
Luisa Fernanda Espina
Ganadora de la Beca de Traducción
– Francés, Idartes 2018

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
Enrique Peñalosa Londoño, Alcalde Mayor de Bogotá
María Claudia López Sorzano, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES - IDARTES
Juliana Restrepo Tirado, Directora General
Jaime Cerón Silva, Subdirector de las Artes
Lina María Gaviria Hurtado, Subdirectora de Equipamientos Culturales
Liliana Valencia Mejía, Subdirectora Administrativa y Financiera
Ana Catalina Orozco Pelaez, Subdirectora de Formación Artística

Alejandro Flórez Aguirre, Gerente de Literatura
Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero Rojas, Ricardo Ruiz Roa, Elvia Carolina Hernández Latorre, Yenny Mireya Benavídez Martínez, María Eugenia Montes Zuluaga, Orlando Teatino González
Equipo del Área de Literatura

Primera edición: Bogotá, octubre de 2018

Imágenes: carátula: *collage* a partir de imágenes de Pixabay.com y Freepik.com; las ilustraciones de contracarátula e interiores son de Julian-Damazy, grabados de G. Lemoine, tomadas de *El horla. Obras completas de Guy de Maupassant,* Librería Ollendorf, 1908.

Antonio García Ángel, Edición
Óscar Pinto Siabatto, Diseño + diagramación
978-958-5487-08-6, isbn
Unión Temporal Idartes 2018, Impresión

Gerencia de Literatura Idartes
Carrera 8 n.° 15-46
Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento @Libro_Al_Viento

Traducción de «El horla»
Luisa Fernanda Espina Rodríguez, Beca de Traducción - Francés, 2018 Resolución 574 de 2018 «Por medio de la cual se acoge la recomendación del jurado designado para seleccionar los ganadores de la convocatoria beca de traducción y se ordena el desembolso del estímulo económico a los seleccionados como ganadores».

Jurados Beca de Traducción - Francés 2018

Mediante la Resolución 549 del 5 de junio de 2018 se designaron como jurados del concurso Beca de Traducción - Francés a Freddy Barranco Escobar, Mateo Ramiro Cardona Vallejo y Stephane Chaumet.

CONTENIDO

MAUPASSANT Y SU CRIATURA por *Antonio García Ángel*

EL HORLA



Guy de Maupassant.
Fotografía de Félix Nadar, 1888.

Maupassant y su criatura

Tras Stendhal y Balzac, Flaubert y Zola, emerge la figura de Guy de Maupassant (1850-1893) como heredero y continuador de un legado que lo elevaría al primer plano de la literatura francesa y lo convertiría en uno de los grandes cuentistas de la literatura mundial.

Más allá del retrato realista y la crítica descarnada de la sociedad de su tiempo, y la descripción irónica de la burguesía en la Tercera República Francesa —siempre hipócrita y acomodaticia, revestida de una falsa moral que aplica según su conveniencia—, narrada con maestría en relatos como *Bola de sebo* (1880) y novelas como *Bel Ami* (1885), Maupassant se desmarca de sus predecesores y maestros para internarse en un territorio para ellos inexplorado: la fantasía y el horror. Ya desde su primer relato, *La mano disecada,* publicado en 1875 en el *Almanach Lorrain,* de Pont-a-Mousson, y firmado con el seudónimo de Guy de Valmont, Maupassant revela un gusto por lo mórbido y misterioso, que seguirá desarrollando a lo largo de relatos como *El miedo* (1882), *La madre Sauvage* (1884) y *El diablo* (1886), y que tendrán su cumbre más alta en la tercera versión de *El horla* (1887), que presentamos en este Libro al Viento 135, en la traducción de Luisa Fernanda Espina, ganadora del Concurso Beca Nacional de Traducción de Idartes en 2018.

Maupassant retoma en *El horla* un motivo que lo ha acompañado desde siempre: el doble. Su tío Alfred de Poittevin, hermano de su madre, fue un paisajista aficionado y poeta en ciernes que se entregó a los excesos y murió joven, dos años antes de que su sobrino naciera. Las esperanzas que su muerte dejó truncas fueron puestas en Maupassant, que pasó los

primeros años a la sombra de ese personaje, a quien todos decían que se parecía muchísimo. El segundo cuento al que se lanza el joven escritor, después de *La mano disecada,* tiene como título *Doctor Héraclius Gloss* (1875) y explora las formas en que la metempsicosis puede trasladar las almas de un cuerpo a otro. Y así, su poema *Terror,* de 1880, deja clara por primera vez la idea de ese otro lleno de misterio que puede ser él mismo.

> A cierto autor leía hasta muy tarde era ya media noche y tuve miedo.
>
> ¿Miedo de qué?, no sé, pero fue horrible.
>
> Presentí entre jadeos y estertores Que pronto iba a pasar algo terrible...
>
> Detrás de mí, creí sentir entonces una rara presencia a mis espaldas con una risa atroz y muy nerviosa: mas no escuchaba nada, ¡Qué tortura!
>
> Sentir que alguien tocaba mis cabellos, con su mano llegando hasta mi hombro, sentir que iba a morir si lo escuchaba.
>
> Cada vez más cercano se inclinaba y yo para salvarme no quería dar vuelta mi cabeza, ni moverme...
>
> Giraban con horror mis pensamientos como aves en un cielo de tormenta, un sudor frío congelaba el cuerpo y en aquel cuarto sólo se escuchaba castañetear mis dientes atrozmente.
>
> Y de repente se escuchó un crujido y di un grito de horror enloquecido como nunca se oyó salir de un pecho, para caer de espaldas, yerto y tieso.

El narrador de *El horla,* cuyo texto es un diario sobre lo que empieza a sucederle, escribe en su entrada del 14 de agosto:

> ¡Estoy perdido! ¡Alguien posee mi alma y la gobierna! Alguien ordena todos mis actos, todos mis movimientos, todos mis pensamientos. Ya no soy nada en mí mismo, no soy más que un espectador esclavo y aterrado por todas las cosas que hago. Deseo salir. No puedo. Él no quiere; y me quedo, abrumado, tembloroso, en el sillón donde me mantiene sentado. Solo deseo levantarme, incorporarme, para creer que aún soy dueño de mí mismo. ¡No puedo!

Pero, de la misma forma que pasa en *Otra vuelta de tuerca* de Henry James, el lector no sabe si está ante las alucinaciones del narrador o verdaderos sucesos paranormales. En esa fina ambigüedad se mueve todo el tiempo el texto de Maupassant, acrecentada por la narración racional, fría, que hace al personaje principal emprender investigaciones, corroborar, tener siempre un matiz de duda sobre lo que experimenta. En ese tono casi científico, así como en el tema del doble, Maupassant se emparenta con el Edgar Allan Poe de relatos como *Revelación mesmérica,* pero va más allá al

introducir, en la galería de espantos que ha creado el género, una criatura emblemática, a medio camino entre lo fantasmal y lo tangible, múltiple e irracional como los zombies, cuya amenaza no está del todo enunciada: el horla o más bien, *un* horla, uno de tantos que deben andar sueltos en diferentes latitudes del globo, atormentando y llevando a la locura a sus víctimas.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL

BIBLIOGRAFÍA

CASTEX, Pierre-Georges, *Le conte fantastique en France: de Nodier a Maupassant*, Librairie José Corti, París, 1951.

JAMES, Henry, *The Art of Fiction and Other Essays,* Oxford University Press, New York, 1948.

MAUPASSANT, Guy de, *La becada. Claror de luna. Miss Harriet* (introducción de Dana Lee Thomas), Editorial Porrúa, Buenos Aires, 1984.

________, *El horla y otros cuentos de angustia (presentación de* Christopher Domínguez Michael), Conaculta, México D. F., 1999.

________, *Cuentos* (prólogo de Graziella Pogolotti), Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1974.

________, *Obras escogidas* (nota preliminar de José Luis Contreras), Aguilar, Madrid, 1979.

________, *El Diablo y otros cuentos de angustia* (prólogo, traducción y notas de Mauro Armiño), Valdemar, Madrid, 2008.

________, *Bel Ami* (introducción de Jean-Louis Bory), Penguin Clásicos, Barcelona, 2015.

SACRISTÁN, José M., *Genialidad y psicopatología,* Biblioteca Nueva, Madrid, s. f.

EL HORLA





8 de mayo

¡Qué día tan maravilloso! Pasé toda la mañana tendido en la hierba, frente a mi casa, bajo el enorme plátano que la cubre, la cobija y le da sombra por completo. Me gusta esta región, y me gusta vivir en ella, porque aquí están mis raíces, esas profundas y delicadas raíces que atan a un hombre a la

tierra donde nacieron y murieron sus antepasados, que lo atan a lo que allí se piensa y a lo que se come, tanto a las costumbres como a las comidas, a las expresiones locales, al acento de los campesinos, a los olores del suelo, de los pueblos y del aire mismo.

Me gusta mi casa, en la que crecí. Desde mis ventanas veo el Sena fluir, a lo largo de mi jardín, detrás del camino, casi en mi casa, el grande y amplio Sena que va de Ruan a El Havre, cubierto de barcos que pasan.

A la izquierda, a lo lejos, Ruan, la vasta ciudad de techos azules, bajo la multitud afilada de los campanarios góticos. Son innumerables, frágiles o amplios, dominados por la aguja de hierro de la catedral, y llenos de campanas que resuenan en el aire azul de las hermosas mañanas, lanzándome su suave y lejano rumor de hierro, su canto de bronce que me trae la brisa, unas veces más alto y otras más tenue, dependiendo de si se despierta o se adormece.

¡Qué buen clima el de esta mañana!

Hacia las once, un largo convoy de navíos, arrastrados por un remolcador, gordo como una mosca, que se quejaba de fatiga vomitando un humo espeso, desfiló frente a mi reja.

Detrás de dos goletas inglesas, cuya bandera roja ondeaba contra el cielo, venía un extraordinario barco brasileño de tres mástiles, blanquísimo, admirablemente limpio y reluciente. Lo saludé, no sé por qué, tanto placer me dio ver ese navío.

12 de mayo

Tengo un poco de fiebre desde hace algunos días; me siento indispuesto o, mejor dicho, me siento triste.

¿De dónde vienen esas influencias misteriosas que convierten en desánimo nuestra felicidad y nuestra confianza en angustia? Se diría que el aire, el aire invisible, está lleno de desconocidas Fuerzas, de las que padecemos su cercanía misteriosa. Me despierto lleno de alegría, con ganas de cantar en la garganta. —¿Por qué?—. Bajo a la orilla del río y, de pronto, después de un corto paseo, vuelvo desconsolado, como si alguna desgracia me esperara en mi casa. —¿Por qué?—. ¿Es un escalofrío que, rozando mi

piel, estremeció mis nervios y ensombreció mi alma? ¿Es la forma de las nubes, o el color del día, el color de las cosas, tan variable, que, al pasar por mis ojos, enturbió mi pensamiento? ¿Quién sabe? Todo lo que nos rodea, todo lo que vemos sin observarlo, todo lo que rozamos sin conocerlo, todo lo que tocamos sin palparlo, todo lo que encontramos sin distinguirlo, ¿tiene en nosotros, en nuestros órganos y, a través de ellos, en nuestras ideas, en nuestro corazón mismo, efectos rápidos, sorprendentes e inexplicables?

¡Qué profundo es ese misterio de lo Invisible! No podemos sondearlo con nuestros míseros sentidos, con nuestros ojos que no saben percibir ni lo demasiado pequeño ni lo demasiado grande, ni lo demasiado cercano ni lo demasiado lejano, ni los habitantes de una estrella ni los habitantes de una gota de agua... Con nuestros oídos que nos engañan, pues nos transmiten las vibraciones del aire transformadas en notas sonoras. Son hadas que logran ese milagro de convertir en ruido ese movimiento y por esa metamorfosis dan nacimiento a la música, que vuelve melodiosa la agitación muda de la naturaleza... Con nuestro olfato, más tenue que el de un perro... ¡Con nuestro gusto, que apenas puede discernir la edad de un vino!

¡Ah! ¡Si tuviéramos otros órganos que realizaran para nosotros otros milagros, cuántas más cosas podríamos descubrir a nuestro alrededor!

16 de mayo

¡Estoy enfermo, definitivamente! ¡Me sentía tan bien el mes pasado! Tengo fiebre, una fiebre atroz, o más bien un nerviosismo febril, que hace que mi alma sufra tanto como mi cuerpo. Sin cesar tengo esta sensación espantosa de un peligro amenazante, esta aprensión de una desgracia inminente o de la muerte que se acerca, ese presentimiento que es sin duda el ataque de un mal aún desconocido, germinando en la sangre y en la carne.

18 de mayo

Vengo de consultar a mi médico, pues ya no podía dormir. Me encontró el pulso acelerado, las pupilas dilatadas, los nervios vibrantes, pero ningún

síntoma alarmante. Debo darme duchas y tomar bromuro de potasio.

25 de mayo

¡Ningún cambio! Mi estado es en verdad extraño. A medida que se aproxima la noche, una inquietud incomprensible me invade, como si la noche ocultara para mí una amenaza terrible. Ceno rápidamente, después trato de leer, pero no entiendo las palabras, apenas distingo las letras. Camino entonces de un lado a otro en la sala, con la opresión de un temor confuso e irresistible, el temor al sueño y el temor a la cama.

Hacia las diez, subo a mi habitación. Apenas entro, doy dos vueltas a la llave y ajusto los cerrojos; tengo miedo... ¿de qué?... Hasta ahora no le temía a nada... Abro los armarios, miro bajo la cama; escucho. escucho. ¿qué? ¿No es extraño que un simple malestar, tal vez un trastorno de la circulación, la irritación de una red nerviosa, una leve congestión, una pequeña perturbación en el funcionamiento tan imperfecto y tan delicado de nuestra máquina viviente, pueda convertir en melancólico al más alegre de los hombres, y en cobarde al más valiente? Luego me acuesto, y espero al sueño como se esperaría al verdugo. Espero con espanto su llegada; y mi corazón palpita, y mis piernas tiemblan; y todo mi cuerpo se estremece en el calor de las mantas, hasta el momento en el que caigo de golpe en el sueño, como si cayera para ahogarme, en un abismo de agua estancada. No lo siento venir, como antes, a ese sueño pérfido, escondido cerca de mí, que me acecha, que va a tomarme la cabeza, cerrarme los ojos, aniquilarme.

Duermo —bastante— dos o tres horas; luego, un sueño —no— una pesadilla, me oprime. Sí, siento que estoy acostado y que duermo..., lo siento y lo sé... y siento también que alguien se me acerca, me observa, me palpa, se sube a mi cama, se arrodilla sobre mi pecho, toma mi cuello entre sus manos y aprieta... aprieta... con todas sus fuerzas, para estrangularme.

Yo, yo me resisto, sometido por esta impotencia atroz, que nos paraliza en los sueños; quiero gritar —no puedo—; quiero moverme —no puedo—; intento, con esfuerzos terribles, jadeando, darme vuelta, rechazar a este ser que me aplasta y asfixia —¡no puedo!

Y, de pronto, me despierto, enloquecido, bañado en sudor. Enciendo una vela. Estoy solo.

Después de esta crisis, que se repite todas las noches, duermo por fin, en calma, hasta la aurora.

2 de junio

Mi estado se ha agravado aún más. ¿Qué es lo que tengo entonces? El bromuro no hace ningún efecto; las duchas tampoco. Hace un rato, para cansar mi cuerpo, tan agotado ya, fui a dar una vuelta en el bosque de Roumare. En un principio, me pareció que el aire fresco, ligero y suave, lleno del olor de las hierbas y de las hojas, vertía en mis venas sangre nueva, una energía nueva en el corazón. Tomé un ancho camino de caza, luego me desvié hacia La Bouille, por una alameda estrecha, entre dos filas de árboles exageradamente altos que formaban un techo verde, tupido, casi negro, entre el cielo y yo.

Un estremecimiento me invadió de pronto, no un estremecimiento de frío, sino un extraño estremecimiento de angustia.

Aceleré el paso, inquieto por estar solo en ese bosque, atemorizado sin razón, estúpidamente, por la profunda soledad. De repente, tuve la sensación de que me seguían, que me pisaban los talones, muy cerca, muy cerca, casi tocándome.

Me di vuelta bruscamente. Estaba solo. No vi detrás de mí sino la recta y larga senda, vacía, alta, temiblemente vacía; y se extendía también del otro lado, hasta perderse de vista, toda igual, aterradora.

Cerré los ojos. ¿Por qué? Y me puse a girar sobre un talón, muy rápido, como un trompo. Por poco me caigo; reabrí los ojos; los árboles bailaban; la tierra flotaba; tuve que sentarme. Luego, ¡ah!, ¡no sabía por dónde había venido! ¡Extraña idea! ¡Extraña! ¡Extraña idea! No lo sabía en absoluto. Me fui a la derecha, y regresé al camino que me había llevado al centro del bosque.

3 de junio

La noche fue horrible. Voy a ausentarme durante algunas semanas. Un pequeño viaje, sin duda, me repondrá.

2 de julio

Regreso. Estoy curado. Por cierto, hice una excursión encantadora. Visité el monte Saint-Michel, que no conocía.

¡Qué visión, cuando, como yo, se llega a Avranches al atardecer! La ciudad está sobre una colina; y me llevaron al jardín público, en los límites de la población. Grité de asombro. Una bahía enorme se extendía ante mí, hasta donde alcanzaba la vista, entre dos costas apartadas que se perdían a lo lejos entre las brumas; y en medio de esta inmensa bahía amarilla, bajo un cielo de oro y claridad, se elevaba sombrío y puntiagudo un monte extraño, en medio de las arenas. El sol acababa de desaparecer, y en el horizonte aún resplandeciente se dibujaba el perfil de ese fantástico acantilado, que sostiene en su cima un fantástico monumento.

Al amanecer fui hacia allá. El mar estaba bajo, como la noche anterior, y, a medida que me acercaba a ella, veía erigirse ante mí la sorprendente abadía. Luego de varias horas de caminata, alcancé el enorme bloque de piedras que sostiene el pequeño pueblo, dominado por la gran iglesia. Tras subir por la calle estrecha y empinada, entré a la más admirable morada gótica construida para Dios en la tierra, vasta como una ciudad, llena de salas de techos bajos, aplastadas bajo bóvedas y altas galerías que sostienen frágiles columnas. Entré a esa gigantesca joya de granito, ligera como un encaje, cubierta de torres, de esbeltos torreones, por donde ascienden escaleras retorcidas, y que lanzan al cielo azul de los días, al cielo negro de las noches, sus cabezas extrañas, erizadas de quimeras, de diablos, de bestias fantásticas, de flores monstruosas, y enlazados por finos arcos labrados.

Cuando alcancé la cima, le dije al monje que me acompañaba:

—Padre, ¡qué bien se debe estar aquí!

—Hay mucho viento, señor —respondió, y nos pusimos a conversar, viendo crecer el mar, que avanzaba por la arena y la cubría con una coraza de acero.

Y el monje me contó historias, todas las viejas historias del lugar, leyendas, siempre leyendas.

Una de ellas me impresionó mucho. Los habitantes del lugar, aquellos del monte, aseguran que por las noches se oyen voces en la playa, y que luego se oye el balido de dos cabras, una con voz fuerte, la otra con voz débil. Los incrédulos afirman que son los gritos de los pájaros marinos, que unas veces parecen balidos, y otras quejas humanas; pero los pescadores rezagados juran haber encontrado, entre dos mareas, alrededor del pequeño pueblo, arrojado tan lejos del mundo, a un viejo pastor, rondando por las dunas, al que no se le ve nunca la cabeza, tapada con su capa, y que conduce, caminando ante ellos, a un macho cabrío con rostro de hombre y una cabra con rostro de mujer, ambos con largos cabellos blancos y hablando sin cesar, peleándose en una lengua desconocida, y luego dejando de gritar de repente, para balar con todas sus fuerzas.

—¿Usted cree en eso? —le dije al monje.

—No sé —murmuró.

—Si existieran en la tierra otros seres —proseguí—, distintos de nosotros, ¿no los conoceríamos desde hace tiempo; no los habría visto usted? ¿No los habría visto yo?

—¿Acaso vemos la cienmilésima parte de lo que existe? —respondió —. Mire el viento, por ejemplo, que es la mayor fuerza de la naturaleza, que derriba a los hombres, derrumba los edificios, arranca los árboles de raíz, que levanta montañas de agua en el mar, destruye los acantilados, y lanza contra los arrecifes a los grandes navíos, el viento que mata, que silba, que gime, que muge, ¿usted lo ha visto y puede verlo? Y, sin embargo, existe.

Callé ante ese simple razonamiento. Este hombre era un sabio o quizás un tonto. No podría haberlo afirmado con certeza; pero callé. Lo que estaba diciendo, yo lo había pensado con frecuencia.

3 de julio

Dormí mal. Sin duda, aquí hay una influencia febril, pues mi cochero sufre del mismo mal que yo. Al llegar a casa ayer, noté su palidez singular.

—¿Qué le pasa, Jean? —le pregunté.

—Me pasa que ya no puedo descansar, señor, mis noches consumen mis días. Desde que el señor se fue, algo me domina como un hechizo.

No obstante, los otros sirvientes están bien, pero tengo mucho miedo de recaer.

4 de julio

Definitivamente, he recaído. Mis antiguas pesadillas vuelven. Esta noche sentí a alguien inclinado sobre mí, quien, con su boca sobre la mía, bebía mi vida entre mis labios. Sí, la extraía por mi garganta, como lo habría hecho una sanguijuela. Luego se levantó, saciado, y yo me desperté tan lastimado, destrozado, aniquilado, que no podía moverme. Si esto continúa unos días más, sin duda me iré de nuevo.

5 de julio

¿Habré perdido la razón? Lo que pasó, lo que vi anoche, ¡es tan extraño que mi mente se confunde cuando pienso en ello!

Como hago ahora cada noche, había cerrado la puerta con llave; luego, sediento, tomé medio vaso de agua, y por casualidad me fijé en que la jarra estaba llena hasta la tapa de cristal.

Me acosté enseguida y caí en uno de mis sueños espantosos, del que fui expulsado cerca de dos horas después con una sacudida aún más horrible.

Imagínense a un hombre dormido, a quien asesinan, y que se despierta con un cuchillo en el pulmón, y que agoniza, cubierto de sangre, y que ya no puede respirar, y que va a morir, y que no comprende: eso es.

Cuando finalmente recuperé la conciencia, tuve sed de nuevo; encendí una vela y fui hacia la mesa en la que estaba la jarra. La levanté inclinándola sobre el vaso; nada salió. ¡Estaba vacía! ¡Estaba completamente vacía! Al principio, no entendí nada; luego, de repente, ¡sentí una emoción tan terrible que tuve que sentarme o, mejor dicho, caí en una silla, luego me incorporé de un salto para mirar a mi alrededor!

¡Después me senté otra vez, abrumado de asombro y de miedo, ante el cristal transparente! Lo contemplaba con la mirada fija, intentando adivinar. ¡Mis manos temblaban! ¿Conque se habían bebido esa agua? ¿Quién? ¿Yo? ¿Yo, sin duda? ¿Solo pude haber sido yo? Entonces era sonámbulo, vivía, sin saberlo, esa doble vida misteriosa que nos hace dudar si hay dos seres en nosotros, o si un ser ajeno, desconocido e invisible, anima, por momentos, cuando nuestra alma está embotada, nuestro cuerpo cautivo que obedece a ese otro, como a nosotros mismos, más que a nosotros mismos.

¡Ah! ¿Quién comprenderá mi angustia espantosa? ¡Quién comprenderá la emoción de un hombre, cuerdo, bien despierto, totalmente razonable y que mira horrorizado, a través del vidrio de una jarra, un poco de agua desaparecida mientras dormía! Y me quedé así hasta el amanecer, sin atreverme a volver a mi cama.

6 de julio

Me estoy volviendo loco. Otra vez se bebieron toda la jarra anoche; o, mejor dicho, ¡la bebí!

Pero, ¿soy yo? ¿Soy yo? ¿Quién será? ¿Quién? ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Me estoy volviendo loco? ¿Quién me salvará?

10 de julio

Acabo de hacer unas pruebas sorprendentes.

Definitivamente, ¡estoy loco! ¡Y aun así!…

El 6 de julio, antes de acostarme, puse en la mesa vino, leche, pan y fresas.

Bebieron —bebí— toda el agua, y un poco de leche. No tocaron ni el vino, ni el pan, ni las fresas.

El 7 de julio, repetí la misma prueba, que dio el mismo resultado.

El 8 de julio, suprimí el agua y la leche. No tocaron nada.

El 9 de julio, en fin, volví a poner sobre la mesa solo el agua y la leche, teniendo cuidado de envolver las jarras con telas de muselina blanca

y de atar las tapas. Luego me froté con grafito los labios, la barba, las manos, y me acosté.

El invencible sueño se apoderó de mí, seguido pronto por el atroz despertar. No me había movido; mis sábanas no tenían manchas. Me precipité hacia la mesa. Las telas que envolvían las botellas habían permanecido inmaculadas. Desaté los cordones, palpitando de miedo. ¡Se habían bebido toda el agua! ¡Se habían bebido toda la leche! ¡Ay! ¡Dios mío!…

En un rato me voy para París.

12 de julio

París. ¡Así que había perdido la cabeza los últimos días! Tal vez fui un juguete de mi imaginación nerviosa, a menos que realmente sea sonámbulo, o que haya sufrido una de esas influencias comprobadas, pero inexplicables hasta ahora, que llaman sugestiones. En todo caso, mi extravío rayaba en la demencia, y veinticuatro horas de París fueron suficientes para recuperarme.

Ayer, después de ir de compras y hacer unas visitas, que le dieron a mi alma un aire nuevo y revitalizante, terminé mi noche en el Teatro Francés. Se presentaba una obra de Alexandre Dumas hijo; y ese carácter vivaz y poderoso terminó de curarme. En efecto, la soledad es peligrosa para las inteligencias que piensan demasiado. Necesitamos, a nuestro alrededor, hombres que piensen y hablen. Cuando estamos solos mucho tiempo, llenamos el vacío de fantasmas.

Volví al hotel muy contento, por los bulevares. Codeándome con la multitud pensaba, no sin ironía, en mis terrores, en mis suposiciones de la semana pasada, porque creí, sí, creí que un ser invisible vivía bajo mi techo. ¡Qué débil es nuestra mente, y se alarma, y se pierde rápido, en cuanto un hecho incomprensible nos impresiona!

En vez de concluir con estas simples palabras: «No lo entiendo porque la causa se me escapa», imaginamos de inmediato misterios espantosos y fuerzas sobrenaturales.

14 de julio. Fiesta de la República

Paseé por las calles. Los fuegos artificiales y las banderas me divertían como a un niño, aunque es muy tonto estar contento en una fecha determinada, por decreto del gobierno. El pueblo es un rebaño imbécil, unas veces estúpidamente paciente y otras ferozmente rebelde. Le dicen: «Diviértete». Se divierte. Le dicen: «Ve a luchar contra el vecino». Va a luchar. Le dicen: «Vota por el Emperador». Vota por el Emperador. Después le dicen: «Vota por la República». Y vota por la República.

Quienes lo dirigen son igualmente idiotas; pero en lugar de obedecer a los hombres, obedecen a principios, que no pueden ser sino ingenuos, estériles y falsos, por el mismo hecho de que son principios, es decir, ideas consideradas ciertas e inmutables, en este mundo donde no se está seguro de nada, ya que la luz es una ilusión, ya que el ruido es una ilusión.

16 de julio

Ayer vi cosas que me perturbaron mucho.

Cenaba donde mi prima, la señora Sablé, que estaba casada con el comandante del regimiento 76 de cazadores en Limoges. Conocí en su casa a dos jóvenes mujeres, una de ellas casada con un médico, el doctor Parent, que se dedica muy activamente a las enfermedades nerviosas y las manifestaciones extraordinarias que este momento dan lugar a los experimentos sobre el hipnotismo y la sugestión.

Nos contó detenidamente los resultados prodigiosos obtenidos por sabios ingleses y por médicos de la escuela de Nancy.

Los hechos que describió me parecieron tan extraños, que me declaré totalmente incrédulo.

—Estamos —afirmaba— a punto de descubrir uno de los secretos más importantes de la naturaleza, es decir, uno de los secretos más importantes en esta Tierra; ya que, por supuesto, también hay otros importantes allá, en las estrellas. Desde que el hombre piensa, desde que sabe expresar y escribir su pensamiento, se ha sentido rozado por un misterio impenetrable para sus sentidos burdos e imperfectos, y ha tratado

de suplir, mediante el esfuerzo de su inteligencia, la impotencia de sus órganos. Cuando esa inteligencia permanecía aún en un estado rudimentario, esa obsesión por los fenómenos invisibles adoptó formas banalmente aterradoras. De ahí nacieron las creencias populares en lo sobrenatural, las leyendas sobre las almas en pena, las hadas, los gnomos, los aparecidos, e incluso me atrevería a decir que la leyenda de Dios, porque nuestras concepciones del obrero-creador, de cualquier religión que provengan, son en realidad las invenciones más mediocres, más estúpidas, más inaceptables que han salido del cerebro atemorizado de los seres humanos. No hay nada más cierto que estas palabras de Voltaire: «Dios ha hecho al hombre a su imagen y semejanza, pero el hombre también ha procedido así con él».

Pero, desde hace un poco más de un siglo, parece que presintiéramos algo nuevo. Mesmer y algunos otros nos han situado en un camino inesperado, y en realidad hemos logrado, sobre todo desde hace cuatro o cinco años, resultados sorprendentes.

Mi prima, también muy incrédula, sonreía. El doctor Parent le dijo:

—¿Quisiera que trate de dormirla, señora?

—Sí, me parece bien.

Ella se sentó en un sillón y él comenzó a mirarla fijamente, fascinándola. Yo, de repente, me sentí un poco inquieto, con el corazón palpitante y un nudo en la garganta. Veía los ojos de la señora Sablé entornarse, su boca crisparse, su pecho jadear.

Al cabo de diez minutos, estaba dormida.

—Póngase detrás de ella —me dijo el médico.

Y me senté detrás. Él le puso entre las manos una tarjeta de visita, diciéndole:

—Esto es un espejo; ¿qué ve en él?

—Veo a mi primo —respondió ella.

—¿Qué está haciendo?

—Retorcerse el bigote.

—¿Y ahora?

—Se saca una fotografía del bolsillo.

—¿Qué aparece en la fotografía?

—Él.

¡Era cierto! Esa misma noche me acababan de entregar esa fotografía, en el hotel.

—¿Cómo se ve en ese retrato?

—Está de pie con el sombrero en la mano.

Así que, en esa tarjeta, en esa cartulina blanca, ella veía como si viera en un espejo.

Las jóvenes, aterrorizadas, decían:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

Pero el doctor ordenó:

—Mañana se levantará a los ocho; después irá a ver a su primo en su hotel, y le suplicará que le preste cinco mil francos que su marido le ha pedido y que le reclamará en su próximo viaje.

Luego la despertó.

Mientras regresaba al hotel, pensaba en esa curiosa sesión y me asaltaron dudas, ninguna sobre la absoluta, sobre la indudable buena fe de mi prima, a la que conocía como a una hermana desde la infancia, sino sobre un posible engaño del doctor. ¿No disimularía en su mano un espejo que le mostraba a la joven dormida, al mismo tiempo que su tarjeta de visita? Los prestidigitadores profesionales hacen cosas mucho más singulares.

Regresé entonces, y me acosté.

Pero esa mañana, hacia las ocho y media, me despertó mi ayuda de cámara, que me dijo:

—Esta aquí la señora Sablé, que pide hablar enseguida con el señor.

Me vestí de afán y la recibí.

Se sentó, muy alterada, con los ojos bajos, y, sin levantarse el velo, me dijo:

—Mi querido primo, tengo que pedirle un gran favor.

—¿De qué se trata, prima?

—Me incomoda mucho decírselo, pero tengo que hacerlo, lo necesito, necesito absolutamente cinco mil francos.

—Cómo, ¿usted?

—Sí, yo, o más bien mi marido, que me ha encargado que los consiga.

Estaba tan asombrado, que balbucía mis respuestas. Me preguntaba si ella y el doctor Parent no se estaban burlando de mí, si esto no se trataba sino de una simple broma, preparada con antelación y muy bien representada.

Pero, al mirarla con atención, todas mis dudas se disiparon. Temblaba de angustia, tan doloroso le resultaba este proceso, y comprendí que los sollozos se acumulaban en su garganta.

Sabía que era muy rica, y continué:

—¿Cómo así? ¡Su marido no dispone de cinco mil francos! Vamos, reflexione. ¿Está segura de que le encargó que me los pidiera?

Dudó durante algunos segundos, como si hiciera un gran esfuerzo por buscar en su memoria, y después respondió:

—Sí…, sí…, estoy segura.

—¿Le ha escrito?

Dudó de nuevo, reflexionando. Intuí el esfuerzo torturador de su pensamiento. No sabía. Lo único que sabía era que debía pedirme prestados cinco mil francos para su marido. Entonces, se atrevió a mentir.

—Sí, me escribió.

—¿Cuándo? Anoche no me dijo nada.

—Recibí su carta esta mañana.

—¿Puede mostrármela?

—No… no… no… contenía cosas íntimas… demasiado personales… la… la quemé.

—Entonces, su marido se endeuda.

Dudó otra vez, y después murmuró:

—No lo sé.

—Es que en este momento no dispongo de cinco mil francos, mi querida prima —le dije bruscamente.

Lanzó una especie de grito de dolor.

—¡Oh! ¡Oh! Le ruego, le ruego, consígalos…

Se exaltaba, ¡unía las manos como si me estuviera rogando! Escuchaba cómo su voz cambiaba de tono; lloraba y tartamudeaba, acosada, dominada por la orden irresistible que había recibido.

—¡Oh! ¡Oh! Se lo suplico… Si supiera cómo sufro… los necesito hoy.

Sentí lástima por ella.

—Los tendrá pronto, se lo juro.

—¡Oh! ¡gracias! —exclamó— ¡Gracias! Qué bondadoso es usted.

—¿Se acuerda de lo que ocurrió anoche en su casa? —proseguí.

—Sí.

—¿Se acuerda de que el doctor Parent la hipnotizó?

—Sí.

—¡Eh! Pues bien, él le ordenó que viniera esta mañana a pedirme prestados cinco mil francos, y en este momento usted obedece a esa sugestión.

Reflexionó durante algunos segundos y respondió:

—Pero es mi marido el que los pide.

Durante una hora, intenté convencerla, pero no pude lograrlo.

Cuando se fue, corrí a donde el doctor. Iba a salir; y me escuchó sonriendo. Después dijo:

—¿Está ha convencido ahora?

—Sí, tengo que estarlo.

—Vamos a casa de su pariente.

Ella dormitaba ya en una silla reclinable, rendida por el cansancio. El médico le tomó el pulso, la miró un rato, con una mano levantada hacia sus ojos, que ella cerró poco a poco, ante la fuerza irresistible de ese poder magnético.

Una vez que estuvo dormida:

—¡Su marido ya no necesita los cinco mil francos! Por lo tanto, olvidará que le rogó a su primo que se los prestara, y si él le habla de eso, usted no comprenderá.

Luego la despertó. Saqué una billetera del bolsillo.

—Aquí tiene, mi querida prima, lo que me pidió esta mañana.

Se sorprendió tanto que no me atreví a insistir. Sin embargo, intenté refrescarle la memoria, pero ella negó con energía, creyendo que me burlaba de ella, y al final estuvo a punto de enojarse.

Eso es todo. Acabo de regresar; y no he podido almorzar, tanto esta experiencia me ha conmocionado.

19 de julio

Muchas personas a quienes les he contado esta aventura se han burlado de mí. Ya no sé qué pensar. El sabio dice: ¿Tal vez?

21 de julio

Fui a cenar a Bougival, luego pasé la noche en el baile de los remeros. Definitivamente, todo depende de los lugares y de los ambientes. Creer en lo sobrenatural en la isla de la Grenouillère sería el colmo de la locura… ¿pero en la cima del monte Saint-Michel?… ¿y en las Indias? Sufrimos espantosamente la influencia de lo que nos rodea. Regresaré a mi casa la próxima semana.

30 de julio

Ayer regresé a casa. Todo va bien.

2 de agosto

Nada nuevo; hace un tiempo espléndido. Paso mis días viendo fluir el Sena.

4 de agosto

Hay peleas entre mis sirvientes. Aseguran que por la noche se rompen los vasos en los armarios. El ayuda de cámara acusa a la cocinera, quien acusa a la lavandera, quien acusa a los otros dos. ¿Quién es el culpable? ¿Quién podrá decirlo?

6 de agosto

Esta vez, no estoy loco. He visto… he visto… ¡he visto!… No puedo ya dudar… ¡he visto!… Todavía siento frío hasta en las uñas… Todavía siento miedo hasta la médula… ¡He visto!…

Me paseaba a las dos de la tarde, a pleno sol, por mi parterre de rosales… por el sendero de rosas de otoño que comienzan a florecer.

Cuando me detuve a contemplar una adelfa que contenía tres flores magníficas, vi, vi claramente, muy cerca de mí, que el tallo de una de esas rosas se doblaba, como si una mano invisible lo hubiera retorcido, luego romperse, ¡como si esa misma mano la hubiera cortado! Después la flor se elevó, siguiendo la curva que habría descrito un brazo al llevársela hacia la boca, y permaneció suspendida en el aire transparente, totalmente sola, inmóvil, aterradora mancha roja a tres pasos de mis ojos.

Enloquecido, me lancé sobre ella para tomarla. No encontré nada; había desaparecido. Entonces me atrapó una rabia furiosa contra mí mismo; pues no le está permitido a un hombre razonable y serio tener semejantes alucinaciones.

¿Pero en realidad se trataba de una alucinación? Me volví para buscar el tallo, y lo encontré de inmediato en el arbusto, recién cortado, entre las dos otras rosas que habían permanecido en la rama.

Entonces, regresé a mi casa con el alma conmocionada; porque estoy seguro, ahora, seguro como lo estoy de la alternancia de los días y de las noches, de que existe cerca de mí un ser invisible, que se alimenta de leche y de agua, que puede tocar las cosas, tomarlas y cambiarlas de sitio, dotado por consiguiente de una naturaleza material, aunque imperceptible para nuestros sentidos, y que habita en mi casa, como yo…

7 de agosto

Dormí tranquilo. Bebió el agua de mi jarra, pero no perturbó mi sueño.

Me pregunto si estoy loco. Al pasearme hace un rato a pleno sol, por la orilla del río, me entraron dudas sobre mi razón, ya no son dudas vagas como las que había tenido hasta ahora, sino dudas precisas, absolutas. He

visto locos; he conocido algunos que seguían siendo inteligentes, lúcidos, perspicaces incluso, sobre todas las cosas de la vida, excepto en un punto. Hablaban de todo con claridad, con agilidad, con profundidad, y de pronto su pensamiento chocaba contra el escollo de su locura, se hacía pedazos, se desparramaba y se hundía en ese océano espantoso y furioso, lleno de olas saltarinas, de neblinas, de borrascas, que llamamos «demencia».

Desde luego, me creería loco, absolutamente loco, si no fuera consciente, si no conociera perfectamente mi estado, si no lo sondeara y analizara con completa lucidez. En definitiva, no sería más que un alucinado que razona. Podría haberse producido en mi cerebro un trastorno desconocido, uno de esos trastornos que hoy los fisiólogos intentan descubrir y precisar; y ese trastorno habría producido en mi mente, en el orden y la lógica de mis ideas, una grieta profunda. Fenómenos similares suceden en los sueños, que nos pasean entre las fantasmagorías más inverosímiles, sin que nos sorprendamos, porque el aparato de verificación y el sentido del control están adormecidos; mientras que la facultad imaginativa vela y trabaja. ¿No podría ser que una de las imperceptibles piezas del teclado cerebral se encontrara paralizada en mí? Hay hombres que, a causa de un accidente, pierden la memoria de los nombres propios o de los verbos o de los números, o solamente de las fechas. Hoy se ha demostrado la ubicación de todas las parcelas del pensamiento. Por lo tanto, no resulta sorprendente que en este momento mi facultad de controlar la irrealidad de ciertas alucinaciones se encuentre embotada en mí.

Pensaba en todo esto mientras seguía la orilla del río. El sol lo cubría de claridad, hacía la tierra deliciosa, colmando mi mirada de amor por la vida, por las golondrinas, cuya agilidad es una alegría para mis ojos, por las hierbas de la ribera, cuyo murmullo es un placer para mis oídos.

Sin embargo, poco a poco, me invadía un malestar inexplicable. Me parecía que una fuerza, una fuerza oculta me aletargaba, me detenía, me impedía ir más lejos, me impulsaba hacia atrás. Sentía esa necesidad dolorosa de regresar a casa que nos oprime cuando hemos dejado en ella a un enfermo amado, y nos asalta el presentimiento de que se ha agravado.

Regresé entonces, a mi pesar, seguro de que iba a encontrar en mi casa una mala noticia, una carta o un telegrama. No había nada; y quedé

más sorprendido y más inquieto aún que si hubiera tenido de nuevo alguna visión fantástica.

8 de agosto

Pasé una noche espantosa. Ya no se manifiesta, pero lo siento cerca de mí, espiándome, mirándome, entrando en mí, dominándome, y más temible, al ocultarse así, que si revelara su presencia invisible y constante por medio de fenómenos sobrenaturales.

Aun así, dormí.

9 de agosto

Nada; pero tengo miedo.

10 de agosto

Nada; ¿qué pasará mañana?

11 de agosto

Todavía nada; ya no puedo quedarme aquí con este temor y este pensamiento que han entrado en mi alma; me voy.

12 de agosto. Diez de la noche

Durante todo el día he querido irme; no he podido. Quise realizar ese acto de libertad tan fácil, tan simple, salir, subir a mi coche para ir a Ruan, no he podido. ¿Por qué?

13 de agosto

Cuando uno sufre ciertas enfermedades, parece que todos los mecanismos del ser físico están rotos, todas las energías aniquiladas, todos los músculos flojos, los huesos que se han vuelto blandos como la carne y la carne líquida como agua. Experimento esto en mi ser moral de una forma extraña y desoladora. Ya no tengo ninguna fuerza, ningún ánimo, ningún dominio de mí mismo, ningún poder ni siquiera para poner en marcha mi voluntad. Ya no puedo querer; pero alguien lo hace por mí; y yo obedezco.

14 de agosto

¡Estoy perdido! ¡Alguien posee mi alma y la gobierna! Alguien ordena todos mis actos, todos mis movimientos, todos mis pensamientos. Ya no soy nada en mí mismo, no soy más que un espectador esclavo y aterrado por todas las cosas que hago. Deseo salir. No puedo. Él no quiere; y me quedo, abrumado, tembloroso, en el sillón donde me mantiene sentado. Solo deseo levantarme, incorporarme, para creer que aún soy dueño de mí mismo. ¡No puedo! Estoy anclado a mi asiento; y mi asiento está pegado al suelo, de tal manera que ninguna fuerza nos levantaría.

Luego, de pronto, tengo, tengo, tengo que ir al fondo de mi jardín a recoger fresas y comerlas. Y voy. ¡Recojo fresas y me las como! ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Será un Dios? Si lo es, ¡libéreme, sálveme! ¡Socórrame! ¡Perdón! ¡Piedad! ¡Misericordia! ¡Sálveme! ¡Oh! ¡Qué sufrimiento! ¡Qué tortura! ¡Qué horror!

15 de agosto

En efecto, así es como estaba poseída y dominada mi pobre prima, cuando fue a pedirme cinco mil francos prestados. Obedecía a una voluntad extraña que había entrado en ella, como otra alma, como otra alma parásita y dominadora. ¿Se va a acabar el mundo?

Pero, ¿quién es el ser invisible que me gobierna? ¿Ese incognoscible, ese merodeador de una raza sobrenatural?

¡Así que los Invisibles existen! Entonces, ¿cómo es que desde el origen del mundo aún no se habían manifestado de una forma precisa, como lo hacen ahora conmigo? Nunca he leído nada parecido a lo que ha sucedido en mi casa. ¡Oh! Si pudiera abandonarla, si pudiera irme, huir y no regresar. Me salvaría, pero no puedo.

16 de agosto

Hoy pude escaparme durante dos horas, como un prisionero que encuentra abierta, por casualidad, la puerta de su calabozo. Sentí que era libre de repente y que él estaba lejos. Ordené que engancharan mi vehículo rápidamente y me dirigí a Ruan. ¡Oh! ¡Qué alegría poder decirle a un hombre que obedece: «¡Vamos a Ruan!».

Hice que nos detuviéramos frente a la biblioteca y pedí que me prestaran el gran tratado del doctor Hermann Herestauss sobre los habitantes desconocidos del mundo antiguo y moderno.

Luego, en el momento en que subí de nuevo al coche, quise decir: «¡A la estación del tren!», y grité —no dije, grité— con una voz tan fuerte que los transeúntes volvieron la cabeza: «A la casa», y me desplomé, enloquecido de angustia, sobre el cojín de mi carruaje. De nuevo me había encontrado y poseído.

17 de agosto

¡Ah! ¡Qué noche! ¡Qué noche! Y, sin embargo, me parece que debería alegrarme. ¡Leí hasta la una de la mañana! Hermann Herestauss, doctor en filosofía y en teogonía, escribió la historia y las manifestaciones de todos los seres invisibles que merodean en torno al hombre o que él ha soñado. Describe sus orígenes, su dominio, su poder. Pero ninguno de ellos se parece al que me atormenta. Se diría que el hombre, desde que piensa, ha presentido y temido a un ser nuevo, más fuerte que él, su sucesor en este mundo, y que, al sentirlo cercano y no poder prever la naturaleza de ese

amo, ha creado, en su terror, todo el mundo fantástico de los seres ocultos, fantasmas vagos nacidos del miedo.

Entonces, después de haber leído hasta la una de la mañana, enseguida fui a sentarme frente a la ventana abierta para refrescar mi frente y mi pensamiento con el viento tranquilo de la oscuridad.

¡Qué buen tiempo hacía, el aire era tibio! ¡Cuánto me hubiera gustado esa noche en otros tiempos!

No había luna. En lo alto del cielo negro, las estrellas titilaban temblorosas. ¿Quién habita en esos mundos? ¿Qué formas, qué seres vivos, qué animales, qué plantas hay allá? Quienes piensan en esos universos lejanos, ¿sabrán más que nosotros? ¿Podrán más que nosotros? ¿Qué verán que nosotros no conocemos en absoluto? ¿Uno de estos días, uno de ellos atravesará el espacio y aparecerá en nuestra Tierra para conquistarla, como antiguamente los normandos atravesaban el mar para esclavizar a los pueblos más débiles?

Somos tan inválidos, tan indefensos, tan ignorantes, tan pequeños, nosotros, en este trozo de barro que gira disuelto en una gota de agua.

Me adormecí fantaseando así ante el viento fresco de la noche.

No obstante, después de haber dormido alrededor de cuarenta minutos, volví a abrir los ojos sin hacer un movimiento, despertado por no sé qué emoción confusa y extraña. Al principio no vi nada, luego, de pronto, me pareció que una página del libro que había quedado abierto sobre la mesa acababa de pasarse sola. Por la ventana no había entrado ningún soplo de aire. Quedé sorprendido y esperé. Al cabo de unos cuatro minutos, vi, vi, sí, vi con mis ojos que otra página se levantaba y caía sobre la anterior, como si un dedo la hubiera hojeado. Mi sillón estaba vacío, parecía vacío; pero comprendí que él estaba ahí, sentado en mi lugar, y que leía. Con un brinco furioso, un brinco de animal sublevado, que va a destripar a su domador, atravesé mi cuarto para atraparlo, para extinguirlo, ¡para matarlo! Pero el asiento, antes de haberlo alcanzado, se volcó como si alguien hubiera huido delante de mí… la mesa se tambaleó, la lámpara cayó y se apagó, y la ventana se cerró como si un malhechor sorprendido se hubiera lanzado a la noche, agarrando con ambas manos los postigos.

Así que había huido; había sentido miedo, ¡miedo de mí, él!

Entonces…, entonces…, mañana… o después…, o un día cualquiera…, ¡podría tenerlo bajo mis puños, y aplastarlo contra el suelo! Algunas veces, ¿los perros no muerden y no degüellan a sus amos?

18 de agosto

He meditado durante todo el día. ¡Oh! Sí, voy a obedecerle, seguiré sus impulsos, cumpliré todos sus deseos, me mostraré humilde, sumiso, cobarde. Él es el más fuerte. Pero llegará un momento…

19 de agosto

Lo sé… lo sé… ¡lo sé todo! Acabo de leer esto en la *Revista del Mundo Científico:* «Nos llega una noticia bastante curiosa de Río de Janeiro. Una locura, una epidemia de locura, comparable con las demencias contagiosas que afectaron a los pueblos de Europa en la Edad Media, hace estragos en este momento en la provincia de Sao Paulo. Los habitantes enloquecidos dejan sus casas, huyen de sus pueblos, abandonan sus cultivos, se dicen perseguidos, poseídos, gobernados como un rebaño humano por seres invisibles aunque tangibles, especies de vampiros que se alimentan de su vida durante el sueño, y que además beben agua y leche, sin tocar, al parecer, ningún otro alimento.

»El señor profesor don Pedro Henríquez, acompañado por varios sabios médicos, partió a la provincia de Sao Paulo, con el fin de estudiar sobre el terreno los orígenes y las manifestaciones de esta sorprendente locura, y de proponer al Emperador las medidas que les parezcan las más adecuadas para devolver la razón a estas poblaciones en estado de delirio».

¡Ah! ¡Ah! Recuerdo, ¡recuerdo el bello barco brasileño de tres mástiles que pasó frente a mis ventanas recorriendo el Sena, el pasado 8 de mayo! ¡Me pareció tan bonito, tan blanco, tan alegre! ¡El Ser iba en él, llegando de allá, donde nació su raza! ¡Y me vio! Vio mi casa blanca también; y saltó del navío a la orilla. ¡Oh! ¡Dios mío!

Ahora sé, adivino. El reinado del hombre ha terminado.

Ha llegado, Ese en el que se basaban los primeros terrores de los pueblos ingenuos. Ese al que exorcizaban los sacerdotes inquietos, al que invocaban los brujos en las noches sombrías, sin verlo todavía aparecer, Ese a quien los presentimientos de los dueños pasajeros del mundo le atribuyeron todas las formas monstruosas o graciosas de los gnomos, los espíritus, los genios, las hadas, los duendes. Tras las burdas concepciones del espanto primitivo, los hombres más perspicaces lo han presentido más claramente. Mesmer lo había adivinado, y desde hace ya diez años los médicos han descubierto, de una manera precisa, la naturaleza de su poder, incluso antes de que él mismo lo hubiera ejercido. Han jugado con esa arma del Señor nuevo, el dominio de una misteriosa voluntad sobre el alma humana esclavizada. Lo han llamado magnetismo, hipnotismo, sugestión… ¿yo qué sé? ¡Los he visto divertirse como niños imprudentes con ese horrible poder! ¡Ay de nosotros! ¡Ay del hombre! Ha llegado, el… el… cómo se llama… el… Me parece que me grita su nombre, y no lo entiendo… el… sí… lo grita… Escucho… no puedo… repite… el… horla… Entendí… el horla… es él… el horla… ¡Ha llegado!…

¡Ah! El buitre se comió a la paloma, el lobo se comió a la oveja, el león devoró al búfalo de cuernos agudos; el hombre mató al león con la flecha, con la espada, con la pólvora; pero el horla hará con el hombre lo que hicimos con el caballo y el buey: su cosa, su servidor y su alimento, con el solo poder de su voluntad. ¡Ay de nosotros!

Sin embargo, algunas veces el animal se rebela y mata a quien lo domó… yo también quiero… yo podría… ¡pero es necesario conocerlo, tocarlo, verlo! Los sabios dicen que el ojo del animal, tan diferente al nuestro, no distingue igual que el nuestro… Y el ojo mío no puede distinguir al recién llegado que me oprime.

¿Por qué? ¡Oh! Ahora me acuerdo de las palabras del monje del monte Saint-Michel: «¿Acaso vemos la cienmilésima parte de lo que existe? Mire, el viento, por ejemplo, que es la mayor fuerza de la naturaleza, que derriba a los hombres, derrumba los edificios, arranca los árboles de raíz, levanta montañas de agua en el mar, destruye los acantilados y lanza contra los arrecifes a los grandes navíos, el viento que

mata, que silba, que gime, que muge, ¿usted lo ha visto, y puede verlo?: ¡sin embargo, existe!».

Y seguía meditando: ¡mi ojo es tan débil, tan imperfecto, que ni siquiera distingue los cuerpos sólidos, si son transparentes como el vidrio!… Si un espejo sin azogue se interpone en mi camino, me lanza contra él, como el pájaro que entra en una habitación se rompe la cabeza contra los vidrios. ¿Mil cosas más lo engañan y lo confunden? Qué tiene de sorprendente, entonces, que no sepa percibir un cuerpo nuevo al que la luz atraviesa.

¡Un ser nuevo! ¿Por qué no? ¡Seguramente tenía que venir! ¿Por qué seríamos los últimos? ¿No lo distinguimos, como todos los demás creados antes de nosotros? Es porque su naturaleza es más perfecta, su cuerpo más sutil y más acabado que el nuestro, que el nuestro tan débil, tan torpemente concebido, abarrotado de órganos siempre fatigados, siempre forzados como mecanismos demasiado complejos, que el nuestro, que vive como una planta y como un animal, alimentándose a duras penas de aire, hierba y carne, máquina animal víctima de las enfermedades, de las deformaciones, de las putrefacciones, que se ahoga, mal ajustada, ingenua y extraña, ingeniosamente mal hecha, obra burda y delicada, esbozo de un ser que podría volverse inteligente y soberbio.

Somos unos cuantos, tan poco en este mundo, desde la ostra hasta el hombre. ¿Por qué no uno más, una vez que se cumple el período que separa las sucesivas apariciones de las diversas especies?

¿Por qué no uno más? ¿Por qué no también otros árboles con flores inmensas, deslumbrantes, que perfumen regiones enteras? ¿Por qué no otros elementos además del fuego, el aire, la tierra y el agua? ¡Son cuatro, solo cuatro, esos padres proveedores de los seres! ¡Qué lástima! ¿Por qué no son cuarenta, cuatrocientos, cuatro mil? ¡Qué pobre, mezquino, miserable es todo! ¡Avaramente dado, secamente inventado, torpemente hecho! ¡Ah! El elefante, el hipopótamo, ¡cuánta gracia! El camello, ¡qué elegancia!

Pero, dirán ustedes, ¡la mariposa! ¡Una flor que vuela! Sueño con una que fuera tan grande como cien universos, con alas de las que no puedo ni siquiera expresar la forma, la belleza, el color y el movimiento. Pero la veo… ¡va de estrella en estrella, refrescándolas y perfumándolas con el

soplo armonioso y ligero de su vuelo!… ¡Y los pueblos de allá arriba la miran pasar, extasiados y maravillados!…

¿Qué es lo que me pasa? ¡Es él, él, el horla, que me obsesiona, que me hace pensar estas locuras! Está en mí, se convierte en mi alma; ¡lo mataré!

19 de agosto

Lo mataré. ¡Lo he visto! Anoche me senté a mi mesa, y fingí que escribía con una gran atención. Sabía que vendría a merodear a mi alrededor, muy cerca, ¿tan cerca que quizás podría tocarlo, atraparlo? ¡Y entonces!… Entonces, tendría la fuerza de los desesperados; tendría mis manos, mis rodillas, mi pecho, mi frente, mis dientes para estrangularlo, aplastarlo, morderlo, despedazarlo.

Y lo acechaba con todos mis sentidos sobreexcitados.

Había encendido las dos lámparas y las ocho velas de la chimenea, como si con esa claridad hubiera podido descubrirlo.

Frente a mí, la cama, una vieja cama de roble con columnas; a la derecha, la chimenea; a la izquierda, la puerta cerrada con cuidado, tras haberla dejado abierta un buen rato, con el fin de atraerlo; detrás de mí, un armario con espejo, altísimo, que cada día me servía para afeitarme, para vestirme, y en el que tenía la costumbre de mirarme, de pies a cabeza, cada vez que pasaba frente a él.

Entonces, fingía escribir, para engañarlo, pues él también me espiaba; y de pronto, sentí, estuve seguro de que él leía por encima de mi hombro, que estaba ahí, rozándome la oreja.

Me levanté, con las manos extendidas, dando la vuelta tan rápido que estuve a punto de caer. ¡Eh! ¿y entonces?… Se veía como si fuera pleno día, ¡y no me vi en el espejo!… ¡Estaba vacío, claro, profundo, lleno de luz! Mi imagen no aparecía en él… ¡y estaba enfrente! Veía el gran cristal límpido de arriba abajo. Y miraba esto con ojos enloquecidos; y ya no me atrevía a avanzar, ya no me atrevía a hacer un movimiento, aunque sentía perfectamente que él estaba ahí, pero que se iba a escapar otra vez, él, con su cuerpo imperceptible que había devorado mi reflejo.

¡Cuánto miedo tuve! Luego, de pronto, comencé a percibirme entre una bruma, en el fondo del espejo, entre una bruma, como a través de una capa de agua; y me parecía que esa agua se deslizaba lentamente de izquierda a derecha, haciendo más precisa mi imagen, segundo a segundo. Era como el final de un eclipse. Lo que me ocultaba no parecía poseer contornos claramente definidos, sino una especie de transparencia opaca, que se aclaraba poco a poco.

Por fin pude distinguirme completamente, como lo hago todos los días al mirarme.

¡Lo había visto! Me ha quedado el espanto, que todavía me hace estremecer.

20 de agosto

Matarlo, ¿cómo, si no puedo alcanzarlo? ¿Con veneno? Pero me vería mezclarlo con el agua; y, por otra parte, ¿nuestros venenos tendrían efecto en su cuerpo imperceptible? No… no… no cabe duda… ¿Entonces?… ¿entonces qué?…

21 de agosto

Hice venir a un cerrajero de Ruan, y le encargué para mi habitación unas persianas de hierro, como las que en París tienen algunos hoteles particulares en el primer piso, por temor a los ladrones. Me hará, además, una puerta similar. Quedé como un cobarde, pero ¡qué me importa!

10 de septiembre Ruan, Hotel Continental

Está hecho… está hecho… pero, ¿habrá muerto? Tengo el alma conmocionada por lo que he visto.

Así que ayer, después de que el cerrajero instaló la persiana y la puerta de hierro, lo dejé todo abierto hasta la medianoche, aunque había empezado a hacer frío.

De repente, sentí que estaba ahí, y una alegría, una alegría loca se apoderó de mí. Me levanté lentamente, y caminé a la derecha, a la izquierda, un buen rato, para que no sospechara nada; luego me quité los botines y me puse distraídamente unas viejas pantuflas; después cerré la persiana de hierro, y regresando con pasos tranquilos hacia la puerta, la cerré también con doble vuelta de llave. Tras volver a la ventana, la cerré con un candado, y guardé la llave en mi bolsillo.

De pronto, comprendí que se agitaba a mi alrededor, que ahora era él quien tenía miedo, quien me ordenaba que le abriera. Por poco cedo; no cedí, sino que, pegándome contra la puerta, la entreabrí, apenas lo suficiente como para pasar yo, caminando hacia atrás; y como soy muy alto, mi cabeza rozaba el dintel. Estaba seguro de que no había podido escapar y lo encerré totalmente solo, ¡solo! ¡Qué alegría! ¡Lo había atrapado! Entonces bajé, corriendo; en la sala, que está debajo de mi habitación, tomé mis dos lámparas y derramé todo el aceite sobre la alfombra, sobre los muebles, por todos lados; luego encendí el fuego y escapé, después de haber cerrado bien, con dos vueltas de llave, la gran puerta de entrada.

Y fui a esconderme en el fondo del jardín, entre un macizo de laureles. ¡Qué larga espera! ¡Qué larga espera! Todo estaba negro, mudo, inmóvil; ni un soplo de aire, ni una estrella, sino montañas de nubes que no se veían, pero que pesaban en mi alma tanto, tanto.

Miraba mi casa, y esperaba. ¡Qué larga espera! Creía que el fuego ya se había extinguido por sí solo, o que él lo había extinguido, él, cuando una de las ventanas de abajo estalló por la presión del incendio, y una llama, una gran llama roja y amarilla, larga, blanda, acariciadora, subió a lo largo del muro blanco y lo besó hasta el techo. Un resplandor se propagó entre los árboles, en las ramas, en las hojas, y un escalofrío, ¡también un escalofrío de miedo! Los pájaros se despertaban, un perro empezó a aullar; ¡me pareció que empezaba a amanecer! Otras dos ventanas estallaron enseguida, y vi que toda la parte baja de mi casa ya no era más que una espantosa hoguera. ¡Pero un grito, un grito horrible, muy agudo, desgarrador, un grito de mujer resonó en la noche, y se abrieron dos buhardillas! ¡Había olvidado a mis empleados! ¡Vi sus rostros enloquecidos, y sus brazos que se agitaban!…

Entonces, abrumado de horror, salí a correr hacia el pueblo, gritando: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Fuego! ¡Fuego!». Me encontré con personas que ya veníán, y regresé con ellos, ¡para ver!

La casa, ahora, no era sino una pira horrible y magnífica, una pira monstruosa, que iluminaba toda la Tierra, una pira en la que ardían hombres, y dónde él también ardía, ¡Él, Él, mi prisionero, el Ser nuevo, el nuevo amo, ¡el horla!

De pronto, el techo entero se derrumbó entre los muros, y un volcán de llamas se elevó hasta el cielo. Por todas las ventanas abiertas en el incendio, veía la vasija de fuego, y pensaba que él estaba ahí, en ese horno, muerto…

¿Muerto? ¿Será posible?… ¿Su cuerpo? Su cuerpo que el día atravesaba, ¿no será indestructible por los medios que matan a los nuestros?

¿Y si no estaba muerto?… Tal vez solo el tiempo pueda hacer algo contra el Ser Invisible y Temible. ¿Por qué ese cuerpo transparente, ese cuerpo incognoscible, ese cuerpo de Espíritu, habría de temer también los males, las heridas, las debilidades, la destrucción prematura?

¿La destrucción prematura? ¡De ella proviene todo el espanto humano! Después del hombre, el horla. ¡Después de aquel que puede morir cada día, cada hora, cada minuto, por cualquier accidente, ha llegado aquel que no debe morir sino en su día, en su hora, en su minuto, ¡porque ha llegado al límite de su existencia!

No… no… sin ninguna duda, sin ninguna duda… él no está muerto… Entonces… entonces… tendré que matarme, ¡yo!…



LIBRO AL VIENTO

Colección Universal
Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

Colección Capital
Es de color morado y en ella se publican los textos que tengan como temática a Bogotá y sus alrededores.

Colección Inicial
Es de color verde limón y está destinada al público infantil y primeros lectores.

Colección Lateral
Es de color azul aguamarina y se trata de un espacio abierto a géneros no tradicionales como la novela gráfica, la caricatura, los epistolarios, la ilustración y otros géneros.



TÍTULOS DEL PROGRAMA

1 Antígona
Sófocles

2 El 9 de abril
(Fragmento de *Vivir para contarla*) *Gabriel García Márquez*

3 Cuentos para siempre
Hermanos Grimm, Hans Christian Andersen, Charles Perrault, Oscar Wilde

4 Cuentos
Julio Cortázar

5 Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá
(Selección de Reminiscencias de Santafé y Bogotá)
José María Cordovez Moure

6 Cuentos de animales
Rudyard Kipling

7 El gato negro y otros cuentos
Edgar Allan Poe

8 El beso y otros cuentos
Anton Chéjov

9 El niño yuntero
Miguel Hernández

10 Cuentos de Navidad
Cristian Valencia, Antonio García, Lina María Pérez, Juan Manuel Roca, Héctor Abad Faciolince

11 El curioso impertinente, y un elogio a la lectura
Miguel de Cervantes

12 Cuentos en Bogotá
Antología de ganadores del concurso Cuento en Movimiento

13 Los cuentos
Rafael Pombo

14 La casa de Mapuhi y otros cuentos
Jack London

15 ¡Qué bonito baila el chulo!
Cantos del Valle de Tenza
Anónimo

16 El beso frío y otros cuentos bogotanos
Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes, Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes, Evelio José Rosero, Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero

17 Los vestidos del emperador y otros cuentos
Hans Chistian Andersen

18 Algunos sonetos
William Shakespeare

19 El ángel y otros cuentos
Tomás Carrasquilla

20 Iván el Imbécil
León Tolstoi

21 Fábulas e historias
León Tolstoi

22 La ventana abierta y otros cuentos sorprendentes
Saki, Kate Chopin, Henry James, Jack London, Mark Twain, Ambrose Bierce

23 Por qué leer y escribir
Francisco Cajiao, Silvia Castrillón, William Ospina, Ema Wolf, Graciela Montes, Aidan Chambers, Darío Jaramillo Agudelo

24 Simbad el Marino
(Relato de *Las mil y una noches*)

25 Los hijos del sol

Eduardo Caballero Calderón

26 Radiografía del Divino Niño y otras crónicas sobre Bogotá
Antología de Roberto Rubiano Vargas

27 Dr. Jekyll y Mr. Hyde
Robert Louis Stevenson

28 Poem as colombianos
Antología

29 Tres historias
Guy de Maupassant

30 Escuela de mujeres
Molière

31 Cuentos para niños
Hermanos Grimm, Alexander Pushkin, Rudyard Kipling

32 Cuentos latinoamericanos I
Adolfo Bioy Casares, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti

33 Palabras para un mundo mejor
José Saramago

34 Cuentos latinoamericanos II
Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Rubem Fonseca

35 Bartleby
Herman Melville

36 Para niños y otros lectores
Alphonse Daudet, Wilhelm Hauff, León Tolstoi

37 Cuentos latinoamericanos III
Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique

38 Cuentos Latinoamericanos IV
José Donoso, Sergio Pitol, Guillermo Cabrera Infante

39 Poesía para niños
Selección de Beatriz Elena Robledo

40 El Libro de Marco Polo sobre las cosas maravillosas de Oriente

41 Cuentos latinoamericanos V
Mario Vargas Llosa, Felisberto Hernández, Salvador Garmendia

42 Tengo miedo
Ivar da Coll

43 Cuento de Navidad
Charles Dickens

44 Mitos de creación
Selección de Julio Paredes C.

45 De paso por Bogotá
Antología de textos de viajeros ilustres en Colombia durante el siglo XIX

46 Misa de gallo y otros cuentos
Joaquim Maria Machado de Assis

47 Alicia para niños
Lewis Carrol

48 Juanito y los fríjoles mágicos
Cuento tradicional inglés

49 Cuentos para releer
Horacio Quiroga, Katherine Mansfield, Italo Svevo, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José María Eça de Queirós

50 Cartas de la persistencia
Selección de María Ospina Pizano

51 Rizos de oro y los tres osos
Traducción de Julio Paredes

52 El corazón de las tinieblas
Joseph Conrad

53 Cuentos

Saki

54 Cinco relatos insólitos
H. P. Lovecraft

55 Peter y Wendy (Peter Pan)
James Matthew Barrie

56 La edad de oro
José Martí

57 La vida es sueño
Pedro Calderón de la Barca

58 Poemas iluminados
Selección de poesía mística
San Juan de la Cruz, Sor Juana Inés, Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de León

59 Por la sabana de Bogotá y otras historias
José Manuel Groot, Daniel Samper Ortega, Eduardo Castillo, Gabriel Vélez

60 Historias con misterio
Ueda Akinari, E.T.A Hoffman, Auguste Villiers de LIsle-Adam, G.K. Chesterton

61 Cantos populares de mi tierra
Candelario Obeso

62 Una ciudad flotante
Julio Verne

63 La antorcha brillante
Biografía de Antonio Nariño
Eduardo Escallón

64 Viva la Pola
Biografía de Policarpa Salavarrieta
Beatriz Helena Robledo

65 Soy Caldas

Biografía de Francisco José de Caldas
Stefan Pohl Valero

66 Relatos en movimiento
Leoníd Andréyev, Manuel Gutiérrez Nájera, Arthur Conan Doyle, O. Henry, Baldomero Lillo

67 Historias de mujeres
Luisa Valenzuela, Margo Glants, Marina Colasanti, Gabriela Alemán, Marvel Moreno

68 El paraíso de los gatos
Émile Zola

69 Cartilla moral
Alfonso Reyes

70 Tierra de promisión
José Eustasio Rivera

71 Pütchi Biyá Uai. Precursores
Antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia I
Miguel Rocha Vivas

72 Pütchi Biyá Uai. Puntos aparte
Antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia II
Miguel Rocha Vivas

73 Glosario para la independencia
Palabras que nos cambiaron

74 La historia de Rasselas, príncipe de Abissinia
Sammuel Johnson

75 Anaconda y otros cuentos
Horacio Quiroga

76 El fútbol se lee

Darío Jaramillo Agudelo, Alvaro Perea Chacón, Mario Mendoza, Ricardo Silva Romero, Fernando Araújo Vélez, Guillermo Samperio, Daniel Samper Pizano, Óscar Collazos, Luisa Valenzuela, Laura Restrepo, Pablo R. Arango, Roberto Fontanarrosa

77 ESCRIBIR EN BOGOTÁ
Juan Gustavo Cobo Borda

78 EL PRIMER AMOR
Iván Turguéniev

79 MEMORIAS PALENQUERAS Y RAIZALES
Fragmentos traducidos de la lengua palenquera y el creole

80 RUFINO JOSÉ CUERVO
Una biografía léxica

81 ALGUNOS ESPECTROS ORIENTALES
Lafcadio Hearn

82 LOS OFICIOS DEL PARQUE
Crónicas *Mario Aguirre, Orlando Fénix, Gustavo Gómez Martínez, Lillyam González, Raúl Mazo, Larry Mejía, Catalina Oquendo, María Camila Peña, Nadia Ríos, Verónica Ochoa, Umberto Pérez, John Jairo Zuluaga*

83 CALIDEZ AISLADA
Camilo Aguirre Premio Beca Creación Novela Gráfica 2011

84 FICÇÕES. FICCIONES DESDE BRASIL
Joaquim Maria Machado de Assis, Afonso Henriques de Lima Barreto, Graciliano Ramos, Clarice Lispector, Rubem Fonseca, Dalton Trevisan, Nélida Piñón, Marina Colasanti, Tabajara Ruas, Adriana Lunardi

85 LAZARILLO DE TORMES
Anónimo

86 ¿SUEÑAN LOS ANDROIDES CON ALPACAS ELÉCTRICAS?
Antología de ciencia ficción contemporánea latinoamericana *Jorge Aristizábal Gáfaro, Jorge Enrique Lage, Bernardo Fernández bef,*

José Urriola, Pedro Mairal, Carlos Yushimito

87 Las aventuras de Pinocho
Historia de una marioneta *Carlo Collodi* Traducción de Fredy Ordóñez

88 Recetario santafereño
Selección y prólogo de Antonio García Ángel

89 Cartas de tres océanos 1499-1575
Edición y traducción de Isabel Soler e Ignacio Vásquez

90 Quillas, mástiles y velas
Textos portugueses sobre el mar

91 Once poetas brasileros
Selección y prólogo de Sergio Cohn Traducción de John Galán Casanova

92 Recuerdos de Santafé
Soledad Acosta de Samper

93 Semblanzas poco ejemplares
José María Cordovez Moure

94 Fábulas de Samaniego
Félix María Samaniego

95 Cocorobé: cantos y arrullos del Pacífico colombiano
Selección y prólogo: Ana María Arango

96 Cronistas de Indias en la Nueva Granada (1536-1731)
Gonzalo Jiménez de Quesada, Pedro Cieza de León, Fray Pedro Simón, Alexandre Olivier Exquemelin, Fray Alonso de Zamora, Joseph Gumilla

97 Bogotá contada
Carlos Yushimito, Gabriela Alemán, Rodrigo Blanco Calderón, Rodrigo Rey Rosa, Pilar Quintana, Bernardo Fernández bef, Adriana Lunardi, Sebastià Jovani, Jorge Enrique Lage, Miguel Ángel

Manrique, Martín Kohan, Frank Báez, Alejandra Costamagna, Inés Bortagaray, Ricardo Silva Romero

98 Poesía satírica y burlesca
Francisco de Quevedo

99 Diez cuentos peruanos
Enrique Prochazka, Fernando Ampuero, Óscar Colchado, Santiago Roncagliolo, Giovanna Pollarolo, Iván Thays, Karina Pacheco, Diego Trelles Paz, Gustavo Rodríguez, Raúl Tola

100 Tres cuentos y una proclama
Gabriel García Márquez

101 Crónicas de Bogotá
Pedro María Ibáñez

102 De mis libros
Álvaro Mutis

103 Carmilla
Sheridan Le Fanu
Traducción de Joe Broderick

104 Caligramas
Guillaume Apollinaire
Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

105 Fábulas de La Fontaine
Jean de La Fontaine

106 Breviario de la paz

107 Tres cuentos de Macondo y un discurso
Gabriel García Márquez

108 Carta sobre los ciegos para uso de los que ven
Denis Diderot
Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

109 Bogotá contada 2.0

Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra

110 50 POEMAS DE AMOR COLOMBIANOS

111 EL MATADERO
Esteban Echeverría

112 BICICLETARIO

113 EL CASTILLO DE OTRANTO
Horacio Walpole

114 LA GRUTA SIMBÓLICA

115 FÁBULAS DE IRIARTE
Tomás de Iriarte

116 ONCE POETAS HOLANDESES
Selección y prólogo de Thomas Möhlmann. Traducción de Diego J. Puls, Fernando García de la Banda y Taller Brockway

117 SIETE RETRATOS
Ximénez

118 BOGOTÁ CONTADA 3
Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trías, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco, Mayra Santos-Febres

119 GUADALUPE AÑOS SIN CUENTA
Creación Colectiva Teatro La Candelaria

120 «PRELUDIO» SEGUIDO DE «LA CASA DE MUÑECAS»
Katherine Mansfield
Traducción de Erna von der Walde

121 SYLVIE, RECUERDOS DEL VALOIS
Gérard de Nerval
Traducción de Mateo Cardona Vallejo

122 Once poetas franceses
Selección y prólogo de Anne Louyot Traducción de Andrés Holguín

123 «Piel de asno» y otros cuentos
Charles Perrault
Traducción de Mateo Cardona Ilustrados por Eva Giraldo

124 Bodas de sangre
Federico García Lorca

125 Maravillas y horrores de la Conquista
Comentarios y notas de Jorge Orlando Melo

126 Bogotá contada 4
Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria

127 La historia del buen viejo y la bella señorita
Italo Svevo
Traducción de Lizeth Burbano

128 La Marquesa de O.
Heinrich von Kleist
Traducción de Maritza García Arias

129 Juan Sábalo
Leopoldo Berdella de la Espriella
Ilustrado por Eva Giraldo

130 Arte de distinguir a los cursis
Santiago de Liniers & Francisco Silvela

131 Versiones del Bogotazo
Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero -Klim-, Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diusabá Rojas, María Cristina Alvarado, Aníbal Pérez, María Luisa Valencia

132 Once poetas argentinos
Selección y prólogo de Susana Szwarc

133 Bogotá contada 5
Pedro Mairal, Francisco Hinojosa, Margarita García Robayo, Dani Umpi, Ricardo Sumalavia, Yolanda Arroyo

134 La dicha de la palabra dicha
Nicolás Buenaventura
Ilustrado por Geison Castañeda

135 El horla
Guy de Maupassant
Traducción de Luisa Fernanda Espina



COMPARTE LIBROS

que después de ser leídos, deben quedar libres para llegar a otros lectores, y te deja entrar gratis a una biblioteca digital con la mejor literatura.

* * *

Escanea el código, ingresa a la biblioteca y deja volar tu imaginación.





EL HORLA DE GUY DE MAUPASSANT FUE EDITADO POR EL INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES - IDARTES PARA SU BIBLIOTECA LIBRO AL VIENTO, BAJO EL NÚMERO CIENTO TREINTA Y CINCO, Y SE IMPRIMIÓ EN EL MES DE NOVIEMBRE DEL AÑO 2018 EN BOGOTÁ.

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

«La soledad es peligrosa para las inteligencias que piensan demasiado. Necesitamos, a nuestro alrededor, hombres que piensen y hablen. Cuando estamos solos mucho tiempo, llenamos el vacío de fantasmas».

GUY DE MAUPASSANT

Clásicos de siempre de la literatura

LIBRO AL VIENTO UNIVERSAL

El Instituto Distrital de las Artes - Idartes le recuerda que este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

«Los cuentos de horror del poderoso y cínico Guy de Maupassant [...] poseen el más vivo interés e intensidad, y sugieren con fuerza maravillosa la inminencia de unos terrores indecibles, y el acoso implacable al que se ve sometido un desdichado por parte de espantosos y terribles representantes de las negruras exteriores».

H. P. LOVECRAFT







